

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
El realismo es caro

Autor/es:
Macua, Javier

Citar como:
Macua, J. (2002). El realismo es caro. La madriguera. (52):91-91.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42108>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Filmar la realidad, con un mínimo rigor, cada vez es más difícil. Y, sin duda, más caro. La vocación de realismo, la fidelidad a lo real que se quiere representar en la pantalla, exige dinero. A menudo, mucho dinero. En ocasiones, tanto, que hay que renunciar a ella.

Pondré algunos ejemplos. En torno, primero, al mundo del sonido, el más mercantilizado. Luego, también, al de la imagen.

La música incidental, por ejemplo: la que suena en la radio o se escucha en un bar. Ese mambo popularísimo que quieres que se oiga, de fondo, por los altavoces del local, está a dos millones. Aquél pasodoble, a otros dos. Impensables, desde luego, en una película media, voces y temas de las grandes estrellas del rock, habitualísimos en el hilo musical: se llevarían un señor pedazo del presupuesto; no vale la pena. Mejor que los temas que suenen en la discoteca los componga el músico de la peli, saldrán más baratos. Y cuidado con los temas populares, del folklore; ignoro por qué (aunque sospecho la picaresca tras la SGAE), pero alguien los ha registrado a su nombre y hay que pagarle sus derechos. ¿Costará dinero "Els Segadors"? ¿Tendré que pagar por "la Raspa"? ¿Cuánto me costará "El chocolate-ro"? ¿Qué tema podrá tatarrear el prota mientras se afeita? ¿Podrán sonar, en el móvil del protagonista, las primeras notas de "Asturias, patria querida"? Y, en la máquina tragaperras del chigre, ¿qué pasa con el tema de "El tercer hombre" que continuamente salta?

Elementos (sonoros) de la realidad que, a menudo, resultan prohibitivos y de los cuales tengo que prescindir. Sólo quería introducirlos porque forman parte de la realidad cotidiana, pero no puedo: el presupuesto no me lo permite o los derechohabientes me los niegan. La realidad, pues, queda cercenada económicamente. Censurada. La fidelidad a lo real encuentra ahí un muro.

Pero no sólo en términos de realidad sonora. También hay imágenes de la cotidianeidad que me costará lo suyo filmar. El televisor encendido, por ejemplo, ése que se ve al fondo del salón, mientras los personajes hablan. Ojo con el programa que emite. Ese presentador cobra derechos de imagen. Y aquellos futbolistas. Y la Liga de Campeones... En el televisor no puede estar jugando el Real Madrid, sería una ruina. Mejor la retransmisión de un partido de regional. Esos todavía no se han enterado de que pueden poner precio a sus patadas enlatadas. Menudo ahorro.

De ahorro en ahorro o por prohibición directa, numerosos elementos de la realidad (sonora o visual) que se quería re-

presentar serán forzosamente sustituidos por otros, sucedáneos suyos, y la vocación de fidelidad se verá frustrada.

Consideremos el encuadre como un escaparate. Los objetos que lo pueblan son como las mercancías que el escaparate expone, pero las etiquetas de sus precios están escondidas. Antes, numerosos elementos de la realidad prefilmica eran gratuitos. Ahora, cada vez lo son menos. La mercancía es depredadora, se aventura hasta los rincones más inaccesibles del encuadre y tiende a ocupar el escaparate entero, poniendo precio a todo. Hasta el paisaje, otrora tan generoso, exige a menudo peaje. Y las calles son caras.

Las producciones pequeñas suelen tener mayor vocación realista. Sin embargo, sistemáticamente, se ven forzadas a suprimir elementos de la realidad por razones monetarias. Cuanto más pobre es una película, menos acceso tiene a determinadas realidades. Llevando al extremo esta afirmación, podríamos decir que sólo los grandes presupuestos garantizan una realidad completa; la realidad deseada sólo sería alcanzable por el que dispone de dinero para ello. No todas las realidades cuestan lo mismo, desde luego: hay realidades baratas (las del pobre), incluso gratuitas, y realidades caras (las del rico), incluso prohibidas. No se puede filmar ninguna escena en el Valle de los Caídos, sin ir más lejos; ni que aparezca siquiera de soslayo el logotipo de MacDonal'd's. Nunca, en una película humilde, Raúl podrá jugar al fútbol en el televisor, ni sonar en la radio un tema de los Beatles. La realidad es cara. O mejor: el realismo es caro. Y cada vez más. Sólo las grandes producciones pueden permitírselo. Pero, en general, no tienen interés en él: la realidad, se la inventan.

Las fronteras entre la realidad y la ficción, entre el documental y la película de argumento cada vez son más confusas. Definir lo que distingue a una película documental de una de ficción es difícil. Pero, como corolario a lo dicho, he encontrado una excelente definición de documental: sería, sobre todo, un filme que recoge realidades gratuitas, por las que aún no ha pasado el rodillo de la mercancía; la realidad que el documental filma no tiene precio. Por eso el documental es más barato: los actores (esos indios, esos viandantes) no cobran; el mugido de las vacas y el piar de los pájaros son gratis. Ahora bien, la mercancía, como queda dicho, tiende a ocuparlo todo. Poco a poco, todo en el prefilmico va poniéndose precio, y, a la postre, el documental será un género imposible y desaparecerá, quedando todo reducido a una realidad pagada para poder filmarla.

